



animarían a asistir y podríamos aprovechar la convocatoria para ofrecer algo más. Pero, ahora que tengo jóvenes, ¿qué hago con ellos? ¿Pasamos todo el día con lo lúdico? ¿Los atiborramos de contenidos teóricos? ¿Tenemos animadores dispuestos a echar tiempo con ellos, decididos a encarnarse en esa realidad? ¿Configuramos procesos que les ayuden a plantearse la vida desde Cristo? ¿Disponemos de materiales y otros medios para ello? ¿Posibilitamos que se sientan protagonistas y copartícipes de la comunidad parroquial? ¿Contamos con ellos para transformar la realidad que nos rodea? ¿Les animamos a transmitir su fe entre iguales?... A menudo, al empezar el curso contamos con cierto número de personas interesadas en pertenecer a un grupo pero, con el paso de los meses, van desvinculándose poco a poco... ¿Por qué?

La propuesta del Evangelio implica crear posibilidades reales de encuentro con Cristo, dar a conocer la gracia de la fe y sus exigencias, invitar seriamente a la conversión y un acompañamiento a las personas interesadas. Los medios que se utilicen para ello, además de responder a su sentido verdadero, no se pueden improvisar. Cultivar nuestra fe para ser auténticos testigos, tener comunidad, analizar el contexto, planificar en clave misionera y contar con recursos (materiales y humanos: hacen falta personas en las parroquias trabajando conjuntamente en clave de primer anuncio) son elementos basales para

trabajar en misión evangelizadora en el territorio de la parroquia.

2) Personas que se acercan a las parroquias. Acogida

La parroquia, «fuente de la aldea», como la definió el beato Juan XIII, tiene un don: por el hecho de ser la Iglesia que vive entre las casas de los hombres, a ella se acercan personas buscando aplacar su sed, a veces, cuando menos te lo esperas. Además de familias que vienen a solicitar sacramentos, acuden hombres y mujeres que sufren marginación, pobreza... personas que necesitan manifestar sus problemas o sentimientos más profundos. A todos hay que acogerlos con actitudes de cercanía, sensibilidad y familiaridad. Para ello, es preciso que las parroquias estén más tiempo abiertas y crear equipos de acogida: grupos de feligreses preparados que se encarguen, junto con el párroco, de esta tarea.

A menudo las personas buscan «calor», es decir, demandan espacios de encuentro para expresar y compartir sentimientos, sentirse queridos y útiles, saborear la vida en comunidad, abrirse a la trascendencia... En buen número, no le ponen nombre a ese impulso y no ven a la Iglesia como el lugar donde apaciguar esta sed de algo más. Cuanto más vivas sean nuestras comunidades y más palpable se experimente la COMUNIÓN en la Iglesia (como fruto del amor a Dios y a los hermanos, con todo lo que eso comporta), más personas se replantearán su visión de la misma y, posiblemente, se acercarán a sus puertas.

Tengamos «una puerta siempre abierta». De esperanza, sin condiciones... para que puedan entrar por ella los que se han alejado, quienes necesitan una oportunidad para lograr su desarrollo integral, los que quieren en ella protegerse, los que buscan aprender el Camino de la Vida y quienes desean contribuir a que este mundo sea más humano, más fraterno.

3) Personas alejadas. Primer anuncio

La primera tarea de la Iglesia es llevar el anuncio del Evangelio a quienes no conocen a Jesucristo. «Enviada por Dios a las gentes (...), la Iglesia, por exigencia radical de su catolicidad, obediente al mandato de su Fundador (Mc 16,16), se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres». ¹ Hoy día, dado nuestro contexto, se hace acuciante renovar ese brío misionero. Cada vez son menos los que se acercan a una parroquia por costumbre o tradición social. Esto debe suponer un vuelco a nuestra forma de articular la pastoral. Hay que transmitir nuestra fe a personas que viven en la indiferencia religiosa, comunicarles una oferta de salvación y animarles a que se impliquen en la construcción del Reino de Dios. En clave de primer anuncio: tratando de llegar a las personas que desconocen por completo la Buena Nueva del Evangelio, y a las que un día la recibieron pero se alejaron totalmente de la Iglesia.

Para ello, partimos de tres presupuestos: presencia, testimonio y anuncio explícito.

i. Presencia

«Es necesario que la Iglesia esté presente en estos grupos humanos por medio de sus hijos, que viven entre ellos o que a ellos son enviados. Porque todos los fieles cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra el nombre nuevo de que se revistieron por el bautismo, y la virtud del Espíritu Santo, por quien han sido fortalecidos con la confirmación, de tal forma que, todos los demás, al contemplar sus buenas obras, glorifiquen al Padre y perciban, cabalmente, el sentido auténtico de la vida y el vínculo universal de la unión de los hombres.» ²

Para llegar a la gente hay que ESTAR, tenemos que encarnarnos en la realidad. Jesús se

¹ Ad gentes 11.

² Ad gentes 11.

hizo «uno de tantos». ¡Cómo se acercaba con respeto y amor a las personas! ¡Cómo estas podían acercarse a él y plantearle sus necesidades! ¡Cómo se implicaba en denunciar y cambiar las injusticias! Esto requiere: compromiso, echar tiempo con la gente, con respeto y desde el diálogo, ofrecer comprensión y generar confianza, colaborar en mejorar nuestra sociedad. Un cristiano coherente debe ser estimado sin dejar de ser signo de contradicción. Esto supone hacer bien las cosas, con responsabilidad, desde la gratuidad y el servicio, humanizando y trabajando por el bien común.

En una parroquia donde hay personas dispuestas a (ESTAR) dedicar tiempo a la pastoral juvenil se crean grupos de jóvenes, y después estos llegan a otros jóvenes de manera natural. Lo mismo ocurre con infancia (comunión y postcomunión). Hay que ESTAR con los adultos: con nuestros vecinos, con los compañeros de trabajo, con la gente del barrio, en asociaciones, sindicatos, partidos, y, sobre todo, con y por aquellos que necesitan más ayuda. El cristiano debe destacar por su compromiso social, más allá de los mínimos esperables de la sola condición de ciudadano. Cada uno de nosotros, partiendo de sus circunstancias vitales y laborales, debe ESTAR y EVANGELIZAR allá donde el Señor le llame, pero además, como después hablaremos, la parroquia, como comunidad, debe ESTAR presente en su territorio anunciando a Cristo y colaborando en la transformación del mundo.

ii. Testimonio

Recordemos las afirmaciones del beato Juan Pablo II y de Pablo VI acerca de la importancia del testimonio:

«El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y los hechos que en las teorías. El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de la misión.» ³

³ Redemptoris Missio 42.

«La Buena Nueva debe ser proclamada en primer lugar, mediante el testimonio.

Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen que quienes contemplan su vida se hagan preguntas irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros?

Estas, posiblemente sean las primeras preguntas que se harían muchos no cristianos, bien se trate de personas a las que Cristo no había sido nunca anunciado, bautizados no practicantes, gentes que viven en cristiano, pero según unos principios no cristianos, bien se trate de gentes que buscan, no sin sufrimiento, algo o a Alguien que ellos adivinan, pero al que no son capaces de dar un nombre. Más adelante surgirán otros interrogantes, más profundos y comprometedores, provocados por este testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad, y que es un elemento esencial —en general, el primero absolutamente— en la evangelización.»⁴

Si las claves de párrafos anteriores se viven y transmiten desde la cotidianeidad conseguiremos despertar el interés por Cristo. Eso implica vivir de forma coherente y consecuente con la fe. Irradiar esa AUTENTICIDAD, sobre la que tanto hacemos hincapié. Esa integridad en todas las dimensiones e implicaciones de la Fe. Vivir en Dios para «desvivirse» por los hermanos, especialmente por los que más sufren. Este es el primer



fundamento para la nueva evangelización, es la forma de llamar la atención de quienes nos rodean y la invitación a compartir nuestro tesoro: la felicidad en Cristo.

iii. Anuncio explícito

«No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios.»⁵

No tenemos que tener miedo a anunciar a Cristo o de llamarnos cristianos, ni de forma individual, ni colectiva. Muchos jóvenes confiesan que les cuesta admitir que son creyentes, se está perdiendo la iconografía en nuestras casas, en carteles de campañas lanzadas por organizaciones eclesiales, en lemas de colegios religiosos... Sin embargo,

«La presencia y el testimonio de vida no sustituyen al anuncio explícito del Evangelio. Es necesario que se dé el testimonio oral, explícito. Se trata de decir quién es Dios y qué significa la fe para uno, quién es Jesucristo y cuál es el contenido del Evangelio. Se trata de anunciar que Jesucristo es para nosotros “camino, verdad y vida”. Se trata, en definitiva, de explicar el porqué de nuestra forma de ser y de vivir, el porqué de nuestra forma

⁴ Evangelii Nuntiandi 21.

⁵ Evangelii Nuntiandi 22.

de afrontar la vida, el trabajo, las relaciones, el compromiso: estando siempre dispuestos a contestar a todo el que pida razón de nuestra esperanza (cf. 1 Pe 3,15).»⁶

No tenemos que conformarnos en transmitir sólo con nuestras obras, aclamemos con fuerza que es Dios quien nos mueve y que somos Iglesia.

4) Parroquia casa y escuela de misión

Como afirmó Monseñor Fisichella en su ponencia en la II Asamblea de la ACG: «La parroquia es un lugar idóneo para la Nueva Evangelización». Además de «salir» a evangelizar de forma individual (que cada uno dé testimonio allá donde vaya), hay que trazar líneas comunitarias para la misión en el ámbito parroquial. Y no saltamos directamente de lo personal a lo general. No nos conformemos con hacer reflexiones y campañas puntuales (que atiendan a problemas comunes a todo el territorio español). Aunque las desarrollemos en nuestro entorno, no llenan toda la tarea misionera que hoy se necesita hacer en las parroquias.

Cada parroquia necesita conocer a fondo la realidad social del territorio al que atiende, con todos sus matices. Hay que partir de un análisis de la realidad donde se encarna, conocer los vacíos existenciales y sociales de las personas que allí viven. La Buena Nueva es una oferta de salvación. Nuestro mensaje y nuestras obras tienen que ser «útiles», no en referencia al sentido mundano de esta palabra, sino en relación al Plan de Dios para el mundo. Tenemos que partir de los problemas cotidianos de la gente, de sus carencias... para infundir esperanza, transmitir alegría y ofrecer soluciones, o, al menos, intentarlo. Mediante el diálogo y acciones concretas, no solo de manera asistencialista, localista o puntual. Tratando de aportar respuestas realmente transformadoras que

construyan las causas de los males e injusticias, implicándonos en esferas de planificación, organización y participación social. Sin olvidar que, en cualquier ámbito, la atención a los desfavorecidos y empobrecidos debe ser el principio de la acción caritativa y misionera de la Iglesia.

Al igual que hay grupos de catequistas, liturgia, cáritas... sería bueno contar en las parroquias con equipos de primer anuncio y presencia. Un grupo de feligreses que haga ese estudio del entorno, promueva espacios de encuentro con los alejados y anime al resto de la comunidad en la tarea misionera dando pautas de actuación. Que nos empuje a realizar acciones transformadoras: acciones conjuntas enfocadas a mejorar algún aspecto de nuestro entorno, partiendo de la realidad, desde la gratuidad, y como fruto de la interrelación del Evangelio. Signos de evangelización. Además del propio beneficio concreto que logren generar, pueden ser un testimonio para muchas personas. También podrían surgir de la colaboración con otras asociaciones que trabajen por el bien común.

Para actuar en clave de primer anuncio pueden darnos luz iniciativas que surgieron de la AC, como los Centros de Cultura Popular o los Cursillos de Cristiandad. Estos últimos, generan un «impacto» que remueve la vida y la fe de las personas. Los Centros llevan actuando muchos años como un «atrio de los gentiles». ¿Qué podríamos ofrecer a las personas de nuestro barrio siguiendo estas claves? Si, por ejemplo, constatamos en nuestro entorno problemas familiares (crisis de pareja, dificultad de relación con los hijos adolescentes, etc.) se pueden organizar charlas, sesiones o jornadas abiertas que den respuestas a estas vicisitudes a la luz del Evangelio, con especialistas, testimonios y momentos para compartir. Pueden ser lugares en los que (desde la búsqueda de soluciones y respuestas, de compartir experiencias, de generar relaciones de amistad...) se puede llegar a dar testimonio de vida creyente y anunciar de

⁶ Plan Pastoral Diocesano "Fortalecer y transmitir la fe" (2006-2009), p 8 1. Diócesis de Málaga.

manera explícita el mensaje cristiano. También, a través de actividades de tipo artístico, deportivo, de ocio, etc., (si se plantean de forma seria para que en ellas se comparta lo mejor de las personas: fomentando la creatividad, sensibilidad, capacidad de superación, sacrificio, solidaridad, alegría...) se pueden propiciar momentos de apertura a la trascendencia y de mayor receptividad al Evangelio.

5) Otros campos de transmisión de la fe

De forma escueta, hay que citar otros campos fundamentales para transmitir la fe hoy día:

i. La familia

Las parroquias tienen como prioridad la pastoral familiar. Es un lugar básico para el primer anuncio. A través de la catequesis familiar se está logrando que muchos padres regresen a la Iglesia. Por su actual configuración, la ACG posibilita trabajar en clave familiar de forma natural. Hay que concienciar a todas las personas a que se transmita y se cultive la fe dentro de las familias. Los padres deben ser los primeros educadores en la fe. En la edad temprana es fundamental educar en la interioridad y hablarles a los niños de Jesús. En las casas hay que tener presente a Dios en lo coti-

diano y testimoniarlo. Todo lo que sea concienciar, formar y facilitar para que se dé la vivencia de la fe en la «Iglesia doméstica» es poco. [La ACG debe reflexionar, articular medios y ofrecer encuentros para favorecer la transmisión y la vivencia de la fe en familia].

ii. La educación

Mucho podríamos reflexionar en este campo, pero, por abreviar, simplemente recoger como idea la importancia de una buena coordinación entre la parroquia, los profesores de religión y los centros educativos religiosos si los hubiera.

iii. Redes sociales

En un mundo donde cada vez se mira más al móvil y a Internet hay que utilizar esas plataformas como vehículos de transmisión de la fe. Que una parroquia tenga una web donde colgar información, materiales y contar todo lo que hace, plataformas donde los feligreses puedan compartir sus vivencias, rezar y saber unos de otros...

En definitiva, múltiples son los lugares donde encarnarse para anunciar el Evangelio. Entre todos, habrá que discernir en cuáles poner nuestros acentos y qué medios, formas o lenguajes utilizar.

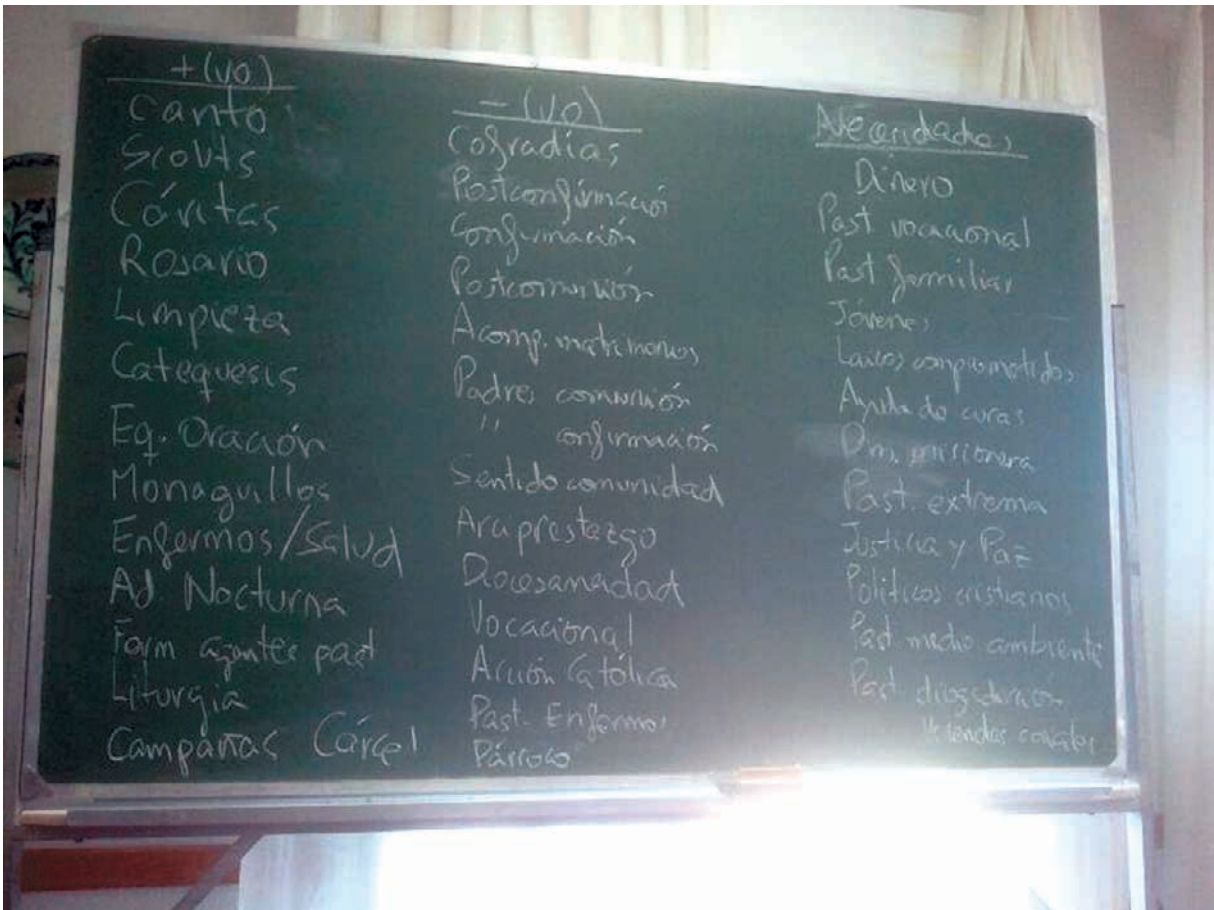
Segundo cuestionario:

Analiza qué acciones se realizan en tu parroquia en clave misionera. Aporta un hecho donde se refleje la voluntad de transmitir el Evangelio a una (o un grupo de personas) que viven "alejadas" de la parroquia.

A la luz de Mt 28, 16-21, ¿qué actitudes debemos potenciar y qué cambios debemos plantearnos para hacer realidad su mandato misionero en nuestro entorno parroquial?

Márcate un compromiso donde se ponga de manifiesto tu empeño por transmitir el Evangelio a personas de tu entorno.

B. ACG una herramienta parroquial para fortalecer y transmitir la fe



En esta etapa de renovación de la ACG, con tantos cambios de planteamiento y de organización, nos surgen miedos. ¿Hacia dónde vamos? ¿Estamos perdiendo identidad?

La ACG es necesaria. Tenemos mucho y bueno que ofrecer. Queremos caminar hacia una ACG que esté presente en un número representativo de parroquias dentro de las diócesis, para dar respuesta a la necesidad de un laicado diocesano cohesionado y maduro en la fe. No se trata de crecer por crecer, de buscar el número para jactarnos de cuántos so-

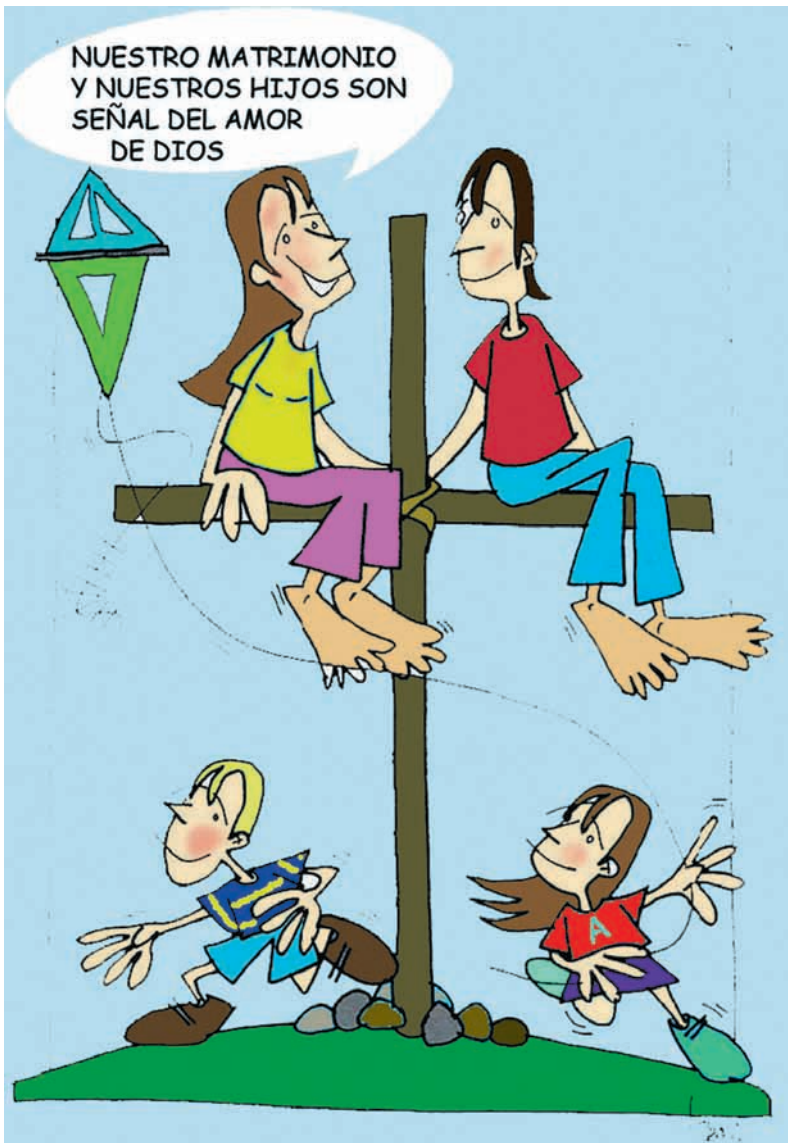
mos. Tampoco se pueden anteponer siglas, banderines o esquemas de funcionamiento a ese objetivo. Como antes se dijo, lo importante, lo «nuevo», es buscar la autenticidad, que haya cristianos en las parroquias que vivan la fe íntegramente, con todas sus dimensiones e implicaciones. *«Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe (Col 2, 7)... Id y haced discípulos a todos los pueblos (Mt 28, 19).»* Dos citas que hemos de ver como un sincretismo, en unidad. Hace falta que los seglares de las parroquias caminemos de la mano, enraizados en Cristo anuncian-

do el Evangelio. Construyendo juntos, sintiéndonos Iglesia, sin personalismos, en corresponsabilidad. Cuidemos lo fundamental, sin prisas, pero poniendo todos nuestros medios y empeño a ello. En la medida en que los miembros de ACG vivencien, compartan y testimonien una fe fuerte, no hay que tener miedo a nada.

Partiendo de esta base, sí hay tres cuestiones propias (no exclusivas) de la ACG a cuidar siempre: el protagonismo (bien entendido) de los laicos, el carácter asociativo y el ser un instrumento diocesano. Principios que deben aplicarse

a la renovación del ámbito parroquial. Habría que caminar hacia una nueva articulación en torno a grupos de vida cristiana. A menudo, en nuestras comunidades, se forman los grupos en función de tareas: equipos de catequistas, liturgia, caritas... Y, una vez que tenemos a personas dispuestas al cometido, les damos formación no enfocada únicamente a lo específico de su misión. Con bastante asiduidad, a esos grupos de tareas se les forma en lo común y básico de la identidad cristiana que, desde luego, es lo primero si queremos que cualquier actuación responda a su sentido evangélico.

Esto suele ocurrir por la necesidad urgente de cubrir los servicios habituales que ofrecemos. Lo que aquí se propone es cambiar de dinámica: poner el acento, en primer lugar, en la formación básica y promoción del laicado. Es decir, vamos a centrar nuestros esfuerzos en crear grupos de vida cristiana, donde se afiancen todos los pilares de la fe, y de ahí saldrán los hombres y las mujeres para dar catequesis, implicarse en caritas, dedicarse a la acogida, al primer anuncio, etc. Equipos donde se fomente la comunión y la corresponsabilidad, participativos, que construyan parroquia. Grupos implicados en la planificación, marcha y revisión de los planes pastorales, convergiendo sus aportaciones y trabajo al consejo parroquial. Las reuniones de tareas tendrán entonces




un espacio distinto y, en ellas, se trabajará únicamente profundizando en lo específico de las mismas. Este cambio de perspectiva requiere tiempo y paciencia, pero ayudará a caminar hacia comunidades más vivas y misioneras.

Para ayudar a realizar ese proyecto de parroquia, se requiere una ACG a su servicio. Una ACG abierta y plural. Que no cree duplicidades ni caiga en la autorreferencialidad. Cada miembro de la ACG debe sentirse parte del plan pastoral de su parroquia y de su diócesis. *«Me siento enviado por mi comunidad a... acompañar niños, ...encarnarme en la pastoral de la salud, ... implicarme en el equipo de liturgia...»* Cada uno donde sea llamado y en función de las necesidades de la parroquia.

Además, pertenecer a la ACG es añadir a esto un compromiso por trabajar conjuntamente con laicos de otros lugares, para que, de la mano (y de la mano de los pastores), nuestra acción eclesial

no sea localista y dé cohesión a toda una diócesis. Permite huir de personalismos. Propicia ampliar perspectivas y posibilidades. Tomando los planes pastorales diocesanos como hoja de ruta, una ACG representativa da equilibrio a la articulación diócesis-parroquia, tratando de responder siempre a nuestra misión principal: la Evangelización.

Es, por tanto, un instrumento llamado a llenar un vacío que tenemos en muchas de nuestras Iglesias. Con humildad, servicio y mucha ilusión, aportemos nuestro granito de arena a afianzar este bonito proyecto que asoma de manera incipiente. Valoremos toda la riqueza vital de los hombres y mujeres, adultos, jóvenes y niños, que forman parte de la ACG; también todas las experiencias recogidas a lo largo de tantos años. Pongámoslo todo al servicio de la Iglesia, en clave misionera, y que el Señor nos ayude a dar testimonio coherente y entregado en nuestra realidad. 

Tercer cuestionario:

Expón un hecho que refleje cómo la ACG está al servicio de la parroquia potenciando la correponsabilidad y la tarea evangelizadora dentro de la comunidad.

A la luz de Ef 4, 1-16, ¿qué actitudes y medios debemos potenciar como miembros de la ACG para seguir construyendo una comunidad parroquial donde se fortalezca, se comparta y se anuncie la fe con celo apostólico?

Indica un compromiso que exprese tu disposición de servicio a ayudar en alguna tarea, actividad, celebración o acción transformadora que se realice en o desde la parroquia.

Antonio Muñoz Varo
Responsable general de adultos de la ACG